

FRANCISCO NIEVA

Bueno, pues les voy a contar mi vida. No toda, sino lo más irreal, que —por favor, créanme— no es lo más mentiroso.

No entiendo el porqué de semejante torbellino, cuando yo soy un indolente contemplativo, un fatigado de nacimiento. Con dotes para la pintura, prevaleció mi gusto por la literatura porque se puede escribir acostado. He conocido infinidad de gentes —algunas míticamente famosas— y, en el fondo, soy un misántropo capaz de pasar semanas enteras sin salir de casa. O de la cama. No me quiero favorecer, y confieso también que soy un poquito más inafectivo de lo que parezco. Lo demás es educación.



El «flou» de mi juventud más irreal.

Es así como
los que sueñan
descubren
la realidad



La cara inocente de la buena suerte, esa ilustre desconocida siempre.

Sí, sí, sociable, mundano y hasta frívolo, pero siempre dominado por un sentimiento de marginación. Una barrera se levanta entre el mundo y yo. Entre yo y la realidad. ¿Qué barrera es ésta?

Hay dos cosas en mi personalidad que, pareciéndome buenas en sí, podían no parecer muy honorables ante la sociedad española con la que he tenido que pactar sumisamente. ¿O son más de dos? Por lo pronto limitémonos a esas dos. Una, la vieja ascendencia liberal y republicana familiar. Esos abuelos opulentos, de puro en boca, tiranos domésticos, pero volterianos, rosacruces, francmasones. ¡Fantasmas, soñadores! Resultado de nuestra escasa burguesía ilustrada iniciada en el siglo XVII. Como eso me parece un factor material de progreso históricamente, sería legítimo que estuviera orgulloso de ello. Pero, como algunos de ustedes saben bien, tal cosa, a la hora de hoy, todavía, no parece legítimo ni honorable.

La otra —¡qué rubor!— resultó ser el descubrimiento, más tardío, de una cierta ascendencia semita, disuelta por el tiempo y el disimulo, pero aferrada a costumbres, reservas y temores inconfundibles. También de tal cosa me debiera sentir orgulloso, pero he aquí que tampoco puedo. Y supongo que me darán la razón si, por suerte, son ustedes realistas.

Bueno, pero ¿por qué orgulloso? Diré porqué. Hubo sin duda una parte de la Mancha —yo nací en Valdepeñas— algo más inmune a persecuciones y delaciones contra los «cristianos nuevos». Si el morisco permanecía más elemental y apegado a la tierra, al huerto, el judío astuto se adaptaba, no sin doblez, pero con notable habilidad, emborrataba su ascendencia, se nombraba hidalgo, profesaba en órdenes religiosas y, muchas veces, se distinguía por ciertas capacidades intelectuales. También era capaz de una religiosidad algo patética, de corte erasmiano. Escudriñando en mi ascendencia resulta que yo soy descendiente de un Doctor Cejudo, profeso de la orden de Calatrava, amigo de Cervantes y de

Lope, a quien respectivamente elogian en «El viaje al Parnaso» (cap. 1) y en «El laurel de Apolo» (silva 1). Mi pariente, en su escasa producción poética, no me parece ninguna maravilla digna de exhumación. Pero, a su vez, y no sé en qué grado, era primo de Bernardo de Balbuena, también valdepeñero, y autor del poema épico «El Bernardo», émulo del «Orlando». En resumidas cuentas, me halaga saber que llevo la literatura en la sangre. ¿Qué realidad tiene todo esto?

Sin embargo, lo más interesante para mí, quizá lo más inquietante, es la importancia que la casa y la persona de mi tía-bisabuela o María Josefa Cejudo hubieron de tener en la formación de mi carácter. Era una casa encantada, misteriosa, como perfumada de secreto y melancolía sefardíes, de misticismo heterodoxo.

Todo, en mi vida, quería separarme de una realidad.

Mis tías-bisabuelas Teresa y Josefa Cejudo —Teresa murió pocas semanas antes de nacer yo— llevaban una vida extraña. Las apodaban «las Campechas». El retiro de las Campechas era proverbial. Eran devotas exaltadas, pero jamás iban a la iglesia y no recibían a ningún cura. Su religiosidad tenía mucho que ver —luego lo he comprobado— con la de los llamados «alumbrados». Es el caso que vivían como en estado de sitio. Luego yo he escrito una comedia, «El rayo colgado», inspirada en aquellos seres singulares. El padre había sido agrimensor, oficio muy practicado en los medios rurales por gente de ascendencia judaica, y ellas poseían tierras y viñas que les permitían negociar en vinos. Eran listas mis tías. Sabían algo de química y, todas enlutadas, con sus negros pañuelos a la cabeza, se entregaban con eficiencia a las combinaciones de laboratorio para la conservación y mejoramiento de sus mostos.

Antes de la guerra, en los pueblos, la familia de origen judío, todo lo conversa que se quiera, era inconfundible. Nada existía fuera del clan. El exterior enemigo jamás contaba para nada bueno. Y era una larga, una interminable «memoria familiar». Un mundo cerrado, irreal.

El anecdotario familiar de mi tía Josefa fue como mi Biblia infantil. Y yo como un bendito Rey David, amadísimo, servilmente acatado.

—No me beses en la cara, tía Josefa, que me pinchas con tus barbas.

—Bueno, bueno, palomo, hermoso mío; te besaré en el zapatico.

Y yo alargaba mi pierna para que me besara el zapato, como la cosa más natural.

Mi tía Josefa dormía siempre en un sillón, al lado de la chimenea en invierno, con un revólver en el halda por temor a los ladrones y sendos cubos de agua a los lados para precaverse contra el fuego, por si alguna chispa prendía en sus ropas.

Pero dormía poco mi tía Josefa. Unas veces a través de la ventana, otras arrodillada en el centro del viejo patio, dialogaba con las estrellas.

—He visto la figura de este niño cabalgando en el lucero de la mañana —le decía a mi madre—. Yo sé que lleva en la ceja izquierda la llama clara de Salomón.

No comprendo el porqué de tan rara distinción en una ceja.

A un pobre artista de pueblo, llamado Guillermo, le tuvieron varios meses asalariado —¿por piedad?— decorando la casa. Pero aquello fue el milagro. Guillermo, el genio ignoto, pintó sobre cada uno de los cuarterones de las grandes y numerosas puertas, una rosa, una maravillosa rosa, sensiblemente diferente. Y el efecto era fantástico, totalmente irreal. ¡Rosas místicas, suaves rosas, por siempre frescas en mi memoria! Luminosas rosas de la España oscura, rosas de mi origen sufriente y humillado, rosas proscritas, pero rosas de victoria espiritual, yo nunca os negaré. Pero bien sé que esas dos «excentricidades» de España, la sensibilidad judía y el incipiente sentimiento liberal dieciochesco, me han separado mucho de otra realidad. Acaso de la «verdadera realidad». De ahí mi disimulada timidez, mi melancólica doblez, mezcladas a una benevolencia algo formulística. Bien sé que, aunque soy sincero, nací para no ser de fiar. Por eso soy



La casa de
Venecia en
un cuadro del
siglo XIX.
Mi sede
más irreal.

una mezcla paradójica de orgullo y humildad.

Si pienso en gentes como mi abuelo paterno y en amigos suyos como el historiador Morayta y el doctor Esquerdo, me parece mentira que hayan creído que la cultura, la sinceridad y la honestidad se siembran y la cosecha resulta ser una España europea y feliz. Gentes de una generación posterior, como mi tío Cirilo del Río, como Besteiro, como el propio Azaña, me siguen pareciendo absurdamente quijotescos, seres anacrónicos, con un ramalazo de jovellanismo que suena a minué. Aquí, en un país al que sólo impresionaría políticamente Genghis Khan o Saladino.

Como quiera que las cosas hayan sucedido después, mi infancia fue irrealmente feliz. Nada material quedaba de la fortuna de los dos abuelos, pero se gozaba de los resultados: el estilo de vida, las buenas maneras, los libros, los pianos... Las casas profundas con habitaciones clausuradas que yo no conocí jamás, las inmensas cocinas umbrías en donde brillaban los cobres. Mi madre me construía teatros de cartón, mi padre me sentaba en sus rodillas para leerme las greguerías de Ramón, ilustradas con sus propios dibujos, que venían en la revista «Blanco y Negro». Se hablaba de Baroja, de Unamuno...

—¿Cuántos son los Amunos?
¿Hay muchos Amunos?

—¿Qué estás diciendo, simple? Unamuno es un señor que escribe, y sólo es uno. No hay más.

Yo pensaba que debía tratarse de una sociedad. La especie de los Amunos, gentes atravesadas y paradójicas.

—¡Bah, cosas de Unamuno! —escuchaba yo decir. Y me caía bien esa raza de los Amunos encargados de soliviantar a los españoles.

En Madrid, en el tiempo en que mi tío desempeñaba la cartera de «Instrucción pública», disponía de un par de entradas en todos los teatros. De ello sólo gozábamos su mujer, mi madre y yo, que no quería quedarme encerrado en casa. A pesar de mi anárquica educación y de lo pequeño que era, me mantenía silencioso y embobado entre las dos mujeres, mi madre y mi tía Gloria. Veía actuar a la Xirgu, a Borrás, a Carmen Díaz. Pero quien satisfacía todas mis exigencias en materia de interpretación era la Loreto. Mi género predilecto, el sainetón madrileño. Me gustaba lo convencional del teatro: la luz fantasmal de la batería, todos los actores recitando en fila frente al público —ya me he dado el gusto de repetirlo en «La señora Tártara»— las arrugas del decorado, la peluca color de pancha del gracioso. Las tipes cómicas canalizaron mis primeros instintos eróticos. Mi desprecio hacia el método de Stanislavsky vendrá de ahí sin duda alguna.

Vivimos primero en la calle de Sevilla —la calle de los toreros y de los actores— y luego en la de Atocha. Se iba a jugar a la plaza de la Armería, ante el panorámico tapiz del Campo del Moro; se tomaba «café con media», se pedía agua con azucarillo, se compraban los juegos del ratón y el gato y el «Toribio saca la lengua». (¿Quién va a entender ahora eso que yo digo en una fantasía teatral que se llama «Pelo de tormenta»? «¡Ay, qué lengua de Toribio os hace vomitar la fiebre!»). Los grandes juguetes se vendían en el Bazar X, de la Puerta del Sol, y en el Bazar de la Unión. Mi especialidad eran los teatros.

Me encerraba en un cuarto, ponía un decorado compuesto de aldea alpina, mazmorra y mezcquita cordobesa y acto seguido me cantaba una zarzuela interminable.

Lamentaba no tener un telón de anuncios con la rana del Agua de Solares y el mayordomo bocazas del Sidol.

—Pero ¿dónde está ese niño?

Podía estar acurrucado en el balcón, deletreando a mis clásicos: «La tía de Carlos», «Parada y fonda», «El chaleco blanco», «La tonta del güito», «Aquí hace farta un hombre» y otros puntales del teatro por el estilo.

Los cargos que dependen de la política son un vaivén mareante. De pronto nos vimos viviendo en Badajoz y mi padre ocupándose

de la Medea de Unamuno en el teatro romano de Mérida.

-Papá, yo quiero ir contigo a ver Medea.

-Eso no es para niños. Va el presidente de la República y todo el mundo vestido de etiqueta. A ver ¿qué estás leyendo ahora? «El señor Luis, el tumbón, o Despacho de huevos frescos».... Precioso, precioso, sigue por ahí.

A mi padre, el trabajo de Medea lo dejó agotado; no se llegaba con las manos a la cabeza. El día del estreno vio de lejos cómo el portero dejaba pasar a un grupo de tipos de chaqueta y con aire de guasones. En cuanto pudo corrió a informarse.

-¿Quiénes son esas gentes que has dejado pasar como si tal cosa?

-Señor, han dicho que eran Archipiélagos, contestó el portero.

Después de Badajoz tuvimos una temporada de vacío en mi pueblo, y, en otro cambio de gabinete, mi padre fue de gobernador a Toledo. Aquel gobierno también fue fugaz y poco después vino la guerra, esa hecatombe tan mal dialogada. Cuando de mayorcito me largué a París, allí los refugiados presentaban la zona republicana como plagada de mártires y héroes. Aunque yo hablase de los «paseos» y de las atrocidades producidas en mi pueblo -luego fielmente «reproducidas» a la llegada de los otros- mi sinceridad se tomaba por indecencia y reaccionarismo. Le tomé asco al mentirijeo político, que es una realidad.

Cuando los «nacionales»(?) entraron en el pueblo, un capitán pariente nuestro, que venía con «ellos» le dijo a mi padre por lo bajini: «Paco, tú no sabes lo que nos espera.»

-¿Represalias? Pero, quien no se haya manchado las manos de sangre...

-Mira, en realidad, tú no te fies...

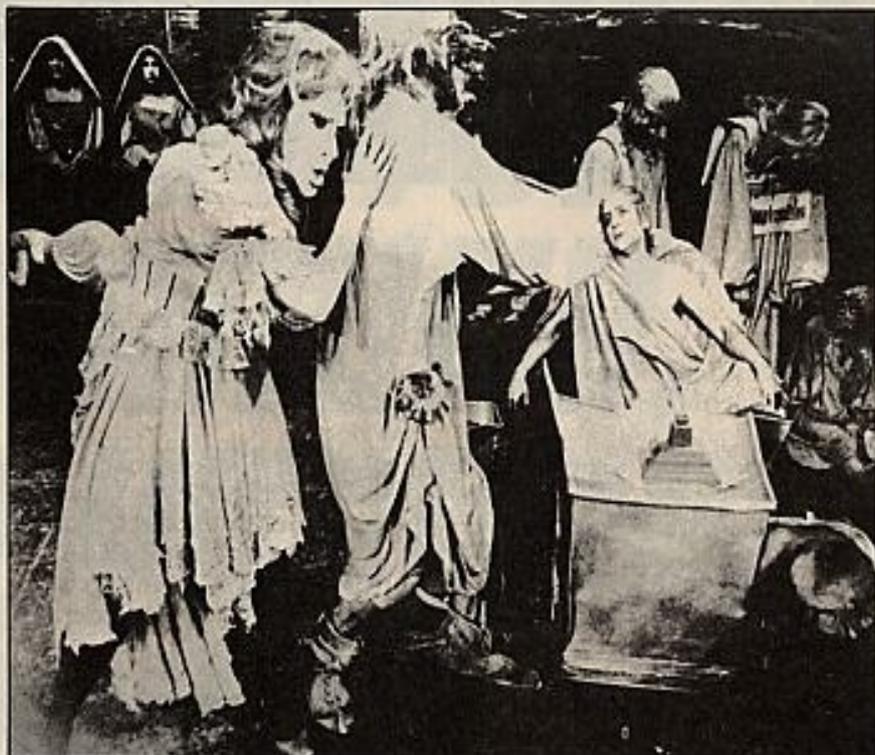
Mi padre alquiló una casita en una colonia llamada Venta de Cárdenas, en la falda de Sierra Morena, pretextando mi estado de salud, pero en el fondo, para poder disimularse en caso de peligro. Aquel lugar fue el paso de mi adolescencia. Estudiaba con objeto de obtener una dispensa del bachillerato, aquello que se

llamó «examen de estado»; pero más que nada leía, leía, leía. A la casita llegaban cajones de todas las bibliotecas dispersas de la familia. Tres años de concentración en la lectura y en el cumplo de la soledad serrana... Un tanto fuera de la realidad.

Pero se decidió volver a Madrid. Allí empezó lo peor. En el viaje, con el tren repleto, gritón y apestoso, mi madre se mareó. Pedí cortésmente a un oficial que dormía a lo largo de tres asientos

del régimen de Franco. El instinto de revancha no hay quien lo elimine. En la zona republicana también les habían perseguido de un modo brutal. Era una realidad.

Para mí comenzó una serie de descabros. Senté plaza de oveja negra. Juan Alcaide, el poeta de mi pueblo y profesor mío, había dicho de mis primeros escritos que eran malísimos. No pude seguir la carrera en la Escuela de Bellas Artes porque me declaraba



Marat-Sade, uno de mis éxitos innecesarios como escenógrafo, a mi vuelta de Berlín.

de 1.^a clase que dejara un lugar a mi madre y éste me respondió con una patada en los testículos. Pasé varios meses dolorido.

Horribles años de pobreza, de humillación. Había en el piso contiguo unas vecinas que, cada vez que sobrevinía una victoria de Hitler, nos cantaban por la ventana del patio el «Cara al sol» a voz en cuello. Venían extraños curas -o no tan extraños- a interesarse por nuestras prácticas, a examinarnos. Cuando les contábamos que también había curas en nuestra familia se tranquilizaban. Ahora no quieren acordarse de lo fiscalizadores que eran y lo buenos colaboradores al principio

expresionista. Una fuerte recomendación me hizo ingresar como ayudante de decorador en CIFESA y el jefe, Enrique Alarcón, que se había visto forzado a admitirme, me hacía la vida imposible. Me llené de malicia y de rencor. «No solamente haré otras cosas que quiero hacer, sino que seré mejor escenógrafo que tú» me prometía por lo bajo cada vez que me hacía alguna jugada.

Mi padre murió y... recuerdo algo terrible. Tuvo un derrame cerebral y se diagnosticó su muerte para sólo dos o tres horas más tarde. Era irreversible. A mi hermano y a mí nos mandaron a descansar. ¿Cómo descansar en



Al final de los sesenta, en Piazza Navona (Roma) con Angélica Becker y el arquitecto Fernando Higuera.

esas circunstancias? Mi padre, que siempre había creído en mí, se había puesto a recriminarme últimamente mi fracaso en la Escuela de Bellas Artes, el estilo de mis dibujos y mi afición inútil a la literatura. Durante las dos horas y media que duró su agonía yo escribí parte del borrador de una comedia que luego estrené muy tarde: «El combate de Opalos y Tasia». ¿Qué quiere decir esto? Es la piecicilla más disparatada y alegre que he escrito nunca. Y yo, a mi padre le quería de veras, le quería muchísimo... A partir de entonces comencé a sospechar que hay que ser muy osado (¿muy desesperado?) para dar paso a la irracionalidad en arte y que ésta es una sibila a la que hay que hacer mucho caso, en realidad. Surgió aquel movimiento de vanguardia llamado «postismo» y me incorporé a él. No tuvo ningún éxito, se burlaban de nosotros. Unos decían que era cosa de rojos, otros que era cosa de estetas en un tiempo que merecía una mirada más reflexiva. Teóricamente no era nada descabellado. Eduardo Chicharro y Silvano Sernesi habían escrito una comedia postista que era, con mucha antelación, teatro del absurdo. Claro que todo ello era un desarrollo de las teorías de Marinetti y de los futuristas. Eso aquí no podía triunfar, pero a mí me hizo salir de España, patria querida en la que me podía haber muerto de asco.

Vino al Museo de Arte Moderno una exposición de artistas italianos contemporáneos, no sé si por intermedio de don Eugenio D'Ors y su «Academia breve de

crítica y arte». Las relaciones públicas de aquella exposición era Milena Milani, la amiga del novelista Moravia. Milena era la mujer más hermosa que se puede uno imaginar. Una italiana deslumbrante. La Milani quería conocer a la joven vanguardia española, y, como es natural, no la encaminaron hacia Pedro de Lorenzo ni Alfonso Sastre, sino hacia Carlos Edmundo de Ory y a mí, que, además vivíamos en la misma casa. No sé si lo harían también por burlarse, pero es el caso que a Milena le hicimos impresión y se le ocurrió comentar delante de un amigo argentino que éramos lo único interesante que había encontrado en Madrid. ¡Vaya, vaya!

El argentino era un rico doctor, llamado Elías Piterbarg, fantasioso, de rodillas ante todo lo francés, fundador de una revista, que conocía a André Bretón y a qué se yo cuántos surrealistas.

«Ustedes no pueden quedarse aquí. Ustedes tienen que ir a París y conocer a mis amigos. Yo les concedo una beca durante un año para que lo hagan. Procúrense un pasaporte.

Yo me quedé helado, ¡parecía tan poco real! No sin ciertas dificultades, conseguí el pasaporte antes que Ory y fui a París con el dinero avanzado por Piterbarg. El primero y el último porque Piterbarg al poco tiempo, se eclipsó. Pero yo me instalé en el Colegio de España, que entonces dirigía Maravall. Fui arbolando el nombre de Piterbarg a la «Galerie du Dragon» que, en efecto, había sido de Bretón y ahora dirigía Nina Dausset y enseguida me relacioné con Vieira da Silva, Ro-

berto Matta, Wifredo Lam, Michel Butor, Alain Jouffroy y Alain Resnais. Por entonces estos tres últimos no habían hecho absolutamente nada y ni siquiera producían al verlos la menor esperanza.

Una cosa es el exilio y otra la emigración. Un español, por entonces, podía hacer impresión en París. Lucía yo un hermoso mechón de pelo negro sobre lo que hoy es puro hueso craneano, llevaba una vieja chaqueta muy ancha de mi tío Cirilo, de una tela tan antigua que parecía una exquisita novedad; también lucía (producto de una alimentación racionadísima) una piel olivácea y, para colmo, hablaba de Huisman y de Peladan. El espectáculo de un español tan decadente dejaba asombrado a cualquiera. Luego me suplantó Antonio Saura, que llevaba capa y era más guapo que yo. Y, si no tan decadente, más perverso, porque vino diciendo que yo era fascista. La lucha entre los españoles que llegaban a París era establecer quien era más rojo y más dispuesto a salvar a la patria mientras se ganaban simpatías y dinero. Yo no seguí el juego porque los españoles manifestantes y mitómanos me escandalizaban cuando los veía en «La coupole», en el «Flore» o en «Les deux magots», haciendo rancho aparte, tan desatinados, que lo mismo se metían contra el novelista Ricardo León que contra Santa Teresa de Jesús.

A mi hermano Ignacio, el músico, le había dado el avenate de hacerse protestante. ¡En aquel tiempo! Llegó a ordenarse de pastor, lo que nos valió que dos o tres viejas tías nos desheredasen de las veinte cepas y los dos mantones de manila que nos podían tocar a cada uno. Pero yo llevé a París una carta de presentación para una alta jerarquía hugonote, un venerable pastor rodeado de nietos poco más o menos jóvenes que yo. Vivía en una finca cerca de París y a orillas del Sena, hermosísima, con árboles enormes y rumorosos. Eran gente muy

«chic», en un ambiente que me recordó enseguida el de «Los monederos falsos» de André Gide. Cuál no sería mi sorpresa cuando, en efecto, André Gide era amigo de la casa. Y, más aún, cuando los numerosos nietos se traían entre sí un teje maneje de lo más gaditano. Otros amigos de la casa eran los Escande, uno de cuyos miembros era gran actor de la Comédie Française y su secretario perpetuo: Maurice Escande. Uno de los nietos del venerable, de esos francesitos burlones y con aire de superioridad irrefutable, me recomendó que frecuentase un joven club protestante en el Barrio Latino. Lo presidía una tal Genevieve Escande que, pese a su edad, ya se hacía respetar por su cargo de administrador civil en Investigaciones Científicas (el CNRS). Y, dando un salto en el tiempo, heme aquí casado con Genevieve Escande, en el seno de una familia solemnemente puritana y solemnemente francesa, envuelto en todas las solemnidades de la Sorbona y del CNRS.

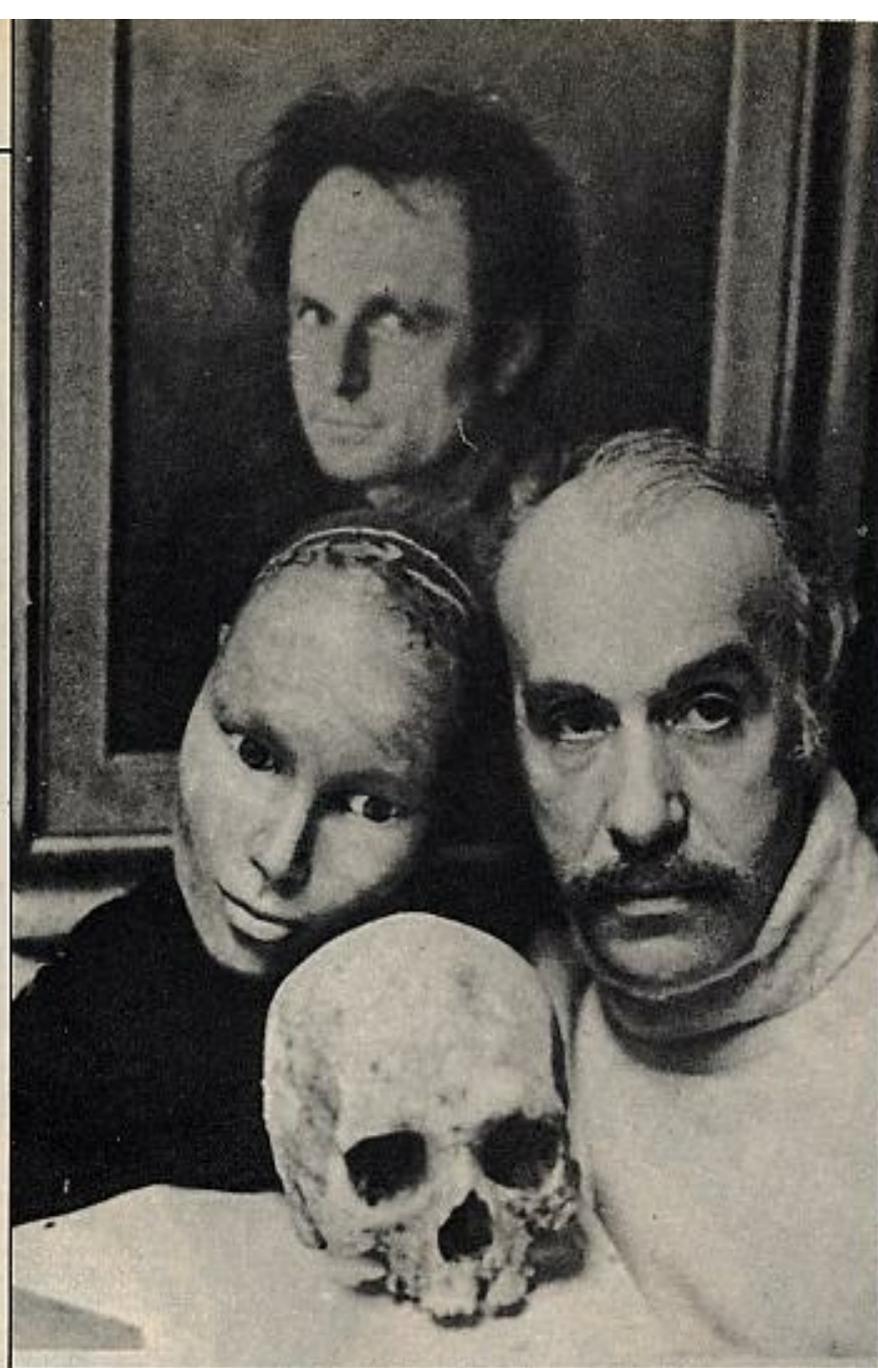
Entre mis relaciones de Montparnasse y Saint Germain des Prés y las de la capilla protestante de Passy y el ambiente de la Sorbona existían numerosas contradicciones. Además, el salto de la llaneza cuatrocaminera -noso-

tros vivíamos en Reina Victoria- a la «grandeur française» no se hace cómodamente por mucho Barbey d'Aurevillie que se haya leído antes. Una rígida disciplina, en la que se olvidaban algunos puntos: pedir permiso para fumar ante mi suegra, saber quién podía disgustarse si no se le llamaba «cher maître» y cosas por el estilo. «La France» ha cambiado mucho desde entonces. No se crea que yo gocé de todo aquello con pasión. Había ido a Francia poseído por el más sombrío pesimismo. Toda esa gente importante -los que fueron, los que eran y los que serían después- me tenían sin cuidado. De verdad pienso que lo mismo da ver las esculturas de Brancusi en un museo que en su casa tomando una taza de té. Por la mía, a causa del cargo de Ginette, mi mujer, pasaban los Joliot, Curie y otros Nobel que ni siquiera recuerdo; por mi parte toda la caterva de pintores o escritores en «la cresta de la ola»; pero el tormento era tener que ocuparse de tanta gente, cosa para la que, decididamente y quien sabe si por atavismo, yo servía bastante bien sin que, al tiempo, me gustase lo más mínimo. Me quedan, sin embargo, grandes recuerdos, Madame Colette Allendy, tan amiga y protectora de Artaud,

que dio su dinero para fundar el «Theatre Alfred Jarry»; la visita de Georges Betaille, a quien tanto admiraba. Su revista «Critique» dependía de los fondos administrados por mi mujer. El interior de la Comédie Française, de la que mi tío «a la mode de Bretagne», Maurice Escande, era el secretario perpetuo. Allí, Madame Lalique, la responsable o conservadora de los decorados y el vestuario, me mostraba los trajes que Monsieur «frère du Roi» o la Pompadour habían regalado a los cómicos de su tiempo. Es posible que no reconociera entonces el bien que suponía para mí, como experiencia, ese mundo de prestigios. ¿Qué tenían de realidad? Comencé a volverme un avaro de soledades. No hay desfiles más brillantes que los que desfilan por la imaginación, cuando se tiene. El problema está en poseer todo el tiempo de practicarla. A mí me perdía aquel poder atávico de adaptación y la necesidad de apechugar con una vida brillante pero molestísima para vengarse de las humillaciones de tanta gente mala y vulgar, bastante más arribista que yo, fingiéndose mártires políticos, amantes y servidores del noble pueblo, siempre viviendo un papel o aspirando a él. Sí, sí, todo eso es «humano» pero

Figurines de «Cinderella» para la Komische Oper de Berlín Este.





*Mis temas de teatro.
La máscara y la calavera «de verdad».
Al fondo, el retrato de
Antonio López, por
Ginés Liébana.*

menzó a especular sobre la vuelta del personaje en aquella casa cargada de una leyenda un tanto «maliciosa».

Digamos que yo vivía en una cama veneciana con baldaquino contestando a menudo por teléfono: —Pues no, señora, yo no soy Robert Bredí.

Aquel Robert americano tenía infinitas amigas, entradas en años, magníficamente relacionadas y apabullantemente ricas, con villas al borde del Brenta y caseta de baño en el Lido, en el área del Excelsior. Por ellas y con ellas cené muchas veces allí, en el Gritti y en Harri's Bar. ¡A, qué cruz! ¡Y tener que vivir esto, siendo yo de Valdepeñas!

A decir verdad, la cruz era llevadera, la que deben de llevar todos esos personajes «de viso» que conoce Paco Umbral, pero había en mí un resentimiento secreto y especial, un dolor muy escondido, que me obligaba a vivir lo que algunos hipócritas que me llamaban señorito y de «derechas» envidiaban secretamente. En fin, una forma de masoquismo. Claro que esto, por lo menos aparentemente, le quitaba realidad a mi propia imagen.

—No es posible que Nieva sea un «artista» porque es demasiado cortés —dijo una vez Peggi Guggenheim a Mary Mc Carthy, la escritora norteamericana, que luego me lo dijo a mí.

Yo creo que la Mc Carthy se estaba dando cuenta de lo que me estaba pasando. Me pasaba que yo estaba investigando sobre la realidad, inmerso en un problema digamos que pirandelliano.

Si contaba lo de mi tía Josefa, con la pistola en el halda y sus cubos de agua, era invocar lo fantástico, lo exótico, lo que apenas tenía realidad. Y esto podía suceder en un ingrátido palazzo veneciano, con telas de Fortuny vibrando a la luz de las velas.

En un grupo de aquellas damas, había una encantadora, que tenía tipo de española aunque

hay gente de aspecto noblote y sencillo que vive amargada porque no puede llegar a los Polignac ni a los Rothschild y esa gente le puede uno hacer la vida amarga en realidad.

En realidad.

¿Cuál era la mía? En el fondo, la casa de las rosas pintadas.

Hay que volver, tengo que volver a España, necesito más realidad.

Pero volvía y ¡qué decepción! Lo malo no era la falta de libertad. Yo iba más lejos. Me dolía la falta de libertad entre quienes la reclamaban, en los piquetes intelectuales de la oposición. ¡Pero este país está enfermo! ¡Aquí no se puede vivir!

Y casi a regañadientes volvía al ensueño. Nada, aquí no hay más

remedio que vivir lo envidiable aunque aburra.

Ahora ¡a Venecia! No sé por qué todo me salía bien. ¿Por qué no lo estimaba como realidad? Alquilé una casa a la mujer del escritor André Pieire de Mandiargues, Bona de Pisis, que fue durante un tiempo una pasión de Octavio Paz. Fue por entonces cuando yo conocí a Octavio. Bona era sobrina nieta del pintor Filippo de Pisis y heredera de aquella casa famosa en Venecia, tanto por de Pisis como por sus posteriores ocupantes, muerto el antiguo propietario.

El anterior inquilino había sido un play boy llamado Robert Bredí o Bredy, no sé. Es el caso que, cuando aquellas ventanas se abrieron de nuevo, la gente co-

fuera, creo, irlandesa y había sido amante de Joyce. Sólo por esto, aquellas adorables snobs la mantenían y llevaban de un lado para otro; porque era pobre, pero arrebatadoramente simpática. Yo me hice muy amigo de ella y tenía tantas ganas de realidad que un día le pregunté: «Por favor, W, ¿cómo se comportaba Joyce en la cama?»

—¡Oh, estos españoles tan indiscretos! Pues, si lo quieres saber, un cerdo, un tierno y maravilloso cerdo que se hacía mucho de querer.

¡Qué tranquilidad saber que, entre tanta literatura, propia y ajena, Joyce había sido real!

En Venecia, Ezra Pound ni era real ni quería parecerlo. Una amiga mía alquiló su casita —Pound no era rico— mientras él y su mujer pasaban el verano en Toscana. No sé por qué le tenía yo ojeriza al viejo Pound y organicé sobre su camita monacal algunas ceremonias bastantes reales.

Los americanos en Venecia me disgustaron. Venían como a país conquistado, entraban gangoseando y dando patadas en el teatro de la Fenice, se compraban cuadros de Tintoretto como el que se compra un peine. La Guggenheim era un personaje trágico y turbador. El pintor Tancredi, su yerno, se suicidó; Peggine, su hija, se suicidó. Todo pudo comprarlo menos la felicidad y el agradecimiento de los venecianos.

Mi problema se iba resolviendo. Me decía «la casa de Peggi tiene terribles notas de mal gusto; algunos de los cuadros más caros y más famosos son una birria...» y cosas por el estilo. También me decía: «he vivido una infancia encantadora, en un Madrid de pasacalle jovial, en un poblachón manchego lleno de sol y de realidad. Estoy preparado para volver; ahora sí que voy a volver, sin miedo, con un poco menos de dolor y de rencor. Sí, voy a volver, a pesar de que, desde aquella patada en el tren y por otras cosas más, España me llegase a parecer una tierra endemoniada y delirante. Pero el mundo es también, todo él, delirante y endemoniado.»

Divorcio, olvido. París, Venecia se disuelven en la irrealidad.

Pero aquello que yo buscaba me cayó aquí como un saco de patatas. Había que tener las espaldas fuertes para poder aguantarlo.

En primer lugar no me sirvieron ningunas de mis credenciales, ni artísticas ni mundanas. Aquí era otro código. Era como nacer de nuevo a los 37 años. ¿Quién ha

ido perdiendo ripio, ellos o yo?

No lo pasé bien. Yo no aconsejaría a nadie que saliera de aquí para hacerse europeo si, en el fondo, tiene necesidad de volver. Del problema pirandelliano pasé al problema unamuniano. El que tiene necesidad de esta tierra pierde el tiempo si se marcha.



El mundo comedia es. Cuando se estrenó «La carroza de plomo candente». «La carroza» y la procesión ya iban por dentro ¡Pero qué irrealmente bella era mi venus Calipigia! El primer desnudo de teatro en la España de la contricción.

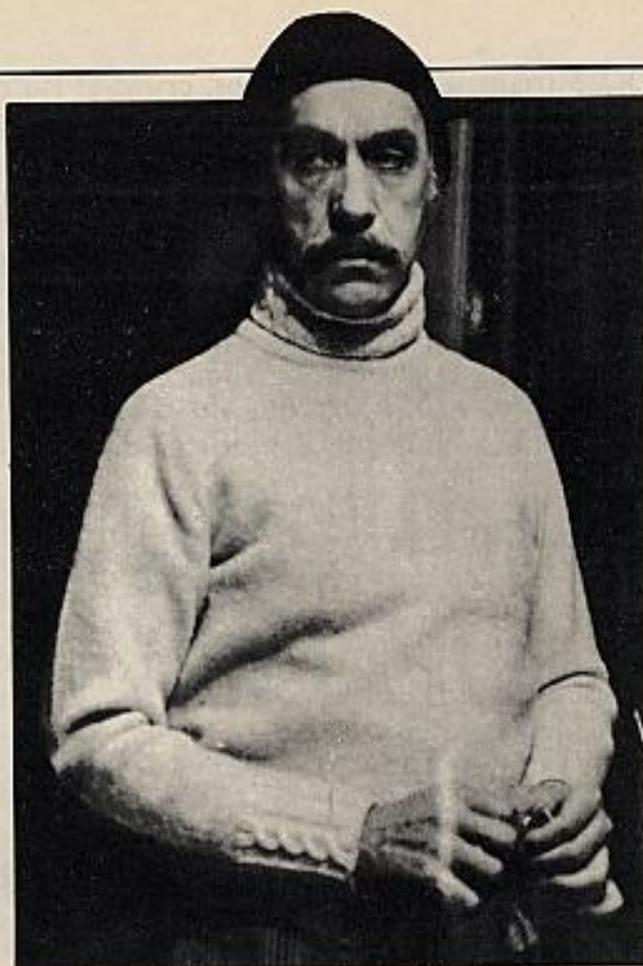
Aquí está mi dolor ancestral, aquí se habla la lengua que mejor resuena en mi espíritu...

¿Quieren saber lo que me pasó?

No me las quiero dar de astuto, pero lo primero que me dije fue que «a un español no se le humilla dando a entender que se sabe lo que él no ha querido aprender». Además ¿qué sabe uno? Una moda con retraso es de la misma naturaleza que una novedad que envejece. Luego hay aquí cosas singulares y que jamás tendrán arreglo: en cuestiones de «cultura» —a mi ahora esta palabra me horroriza— España, como pueblo de conciencia subyugada a dogmatismos durísimos, reclama un tributo de dolor y que ese dolor se vea, como se ve correr la sangre y la agonía de un toro en la plaza. En España te permiten ser

rico y feliz si no pretendes ser sincero, contar o decir algo de otra manera. En España, la voluntad de señorío del ignorante es arrebataadora, casi tiene grandeza, «pánache» como dicen los franceses. España es fanáticamente igualitaria y cualquier defecto o singularidad se convierten automáticamente en un factor de ridículo. Así, pues, si eres «igual» no eres nadie y si eres alguien «tienes que ser» ridículo; tienes que arrastrar tu ridículo para darle al español el gusto de perdonártelo. Doña España, la orgullosa, necesita siervos. No hay remedio, pues. Si no quieres ser injusto porque no puedes, has de ser humilde aunque desprecies. Y resignate a no triunfar con el triunfo cómodo y halagüeño que se puede dar en otros países. Aquí sólo triunfan los muertos o los que han fracasado mucho. Sí, esto es triste, doloroso, pero es toda una realidad. En España sólo vivirás al final, cuando estés agotado por la vida, aquí te regalarán un pañuelo cuando ya no tengas narices.

Y de nuevo me sometí, porque



La cara merecida y con la «pose» desbaratada.

quise, porque lo necesitaba, por una necesidad incontenible de vivir la realidad, la mía y la de este país que es mío. Por necesidad de ser donde no te dejan ser... ¡Qué realidad tan tremenda!

Lo consideré como un sacrificio necesario. El que quiere ser español tiene que merecerlo. Y luego, tampoco se piense que no hay gente que no te ofrezca algún refresco cuando vas «de paseo» por la Calle de la Amargura con la lengua fuera. Ese me lo dieron los poetas. Fueron ellos los que me alentaron. Carlos Bousoño, Francisco Brines y el propio Vicente Aleixandre. Vicente contestaba a mis cartas y decía que tuviera paciencia y hasta me prodigaba sus elogios. Los poetas han sido mis ángeles aquí. Yo los he visto siempre angélicos. Claudio Rodríguez es como un ángel mareado, Brines un ángel entre árabe y griego —ángel mediterráneo—, Bousoño un ángel endiabrado de inteligencia y Hierro un ángel con la calva de oro. Nunca les he oído mentir «en lo fundamental». Los buenos poetas no mienten. Pero, claro está, son

pocos. Y vuelan, están lejos, de viaje por la niebla clara de sus verdades interiores.

Aun tuve un momento de rebeldía. Nueva escapada. Walter Felsenstein, uno de los grandes epígonos de la escuela vienesa de teatro, me confió un bonito trabajo sobre la «Cinderella» de Prokofiev. Viví varios meses a su sombra. Barrault y Vilar, los famosos actores y directores franceses, aparecían por la Komische Oper de Berlín oriental, con objeto de pescar ideas en aquel envidiable laboratorio de teatro antes de emprender alguna «mise en scene». Allí conocí al músico Britten, a Peter Brook, a Strehler... Pero yo volvía alguna vez a ver si Margallo quería estrenar una comedia mía, cosa que jamás conseguí. Y al final he dirigido cuando ya no tenía ganas de dirigir,

y estrenado cuando ya casi no me importaba estrenar. Y he vuelto, he vuelto de nuevo.

Un día me llamaron para hacer una «Carmen» en Italia y dije que no.

¿Y saben por qué? Pues porque creo que ya el fracaso no me asusta al haber ganado el derecho real a decir lo que me dé la real gana.

Sí, aquí, por siempre aquí, donde para mí reina la realidad. Lo real, lo perfectamente real es esta dureza española, el maltrato que uno recibe. Lo real es que venga un argentino y te recomiende que asistas a un curso que da otro argentino sobre el método de Stanislavski, asegurando que vas a aprender mucho y progresar en tu carrera. Lo real es lo pobre que, contra viento y marea, puede uno seguir siendo y la lluvia de oportunidades que aquí te ofrece la vida para quedar mal; la traición pueril y el admirable desparpajo de la gente. El real delirio de España, porque aquí lo delirante es real; nada es ideal, todo material, nada engañoso, como una patada en los... ■ F.N.